

CALLE

A comienzos de la década del 30, la calle Lillo era el centro de la actividad portuaria y comercial de Castro, concentrándose en ella las pensiones, hoteles, bodegas, locales comerciales, bares y residencias de los vecinos más relacionados con la actividad portuaria. Había allí grandes casonas de madera de 2 y 3 pisos que se sucedían en forma continúa a ambos lados de la calle.

Las principales construcciones se ubicaban en el borde mar, continuándose "por detrás" sobre palafitos. Tenía —en aquel entonces— más primacía, personalidad y fuerza que la misma plaza y su entorno, que adquiría vida sólo los domingos, y más primacía aún que la calle Blanco —en ese entonces— sólo vinculó entre el puerto y la plaza...

1934



La antigua fachada de la calle Lillo constituía uno de los más notables ejemplos de continuidad, unidad y variedad en el Castro de los 30.

La continuidad: Está proporcionada por el pareamiento de las viviendas. Esto no se interrumpe jamás, aún en la curva. Estas fachadas continuas en ambas veredas hacían de la calle Lillo uno de los espacios mejor conformados de todo Castro; espacio bien encerrado y de bordes llenos.

Se debe destacar que estas viviendas son en realidad PALAFITOS, y lo que vemos en la foto es su cara tierra adentro.

La unidad: Le otorgan los siguientes elementos:

— Similar altura de las viviendas (2/3 del ancho de la calle).

— La repetición del mismo ritmo vertical en puertas y ventanas.

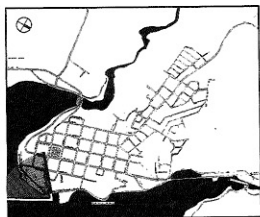
— El uso de los mismos materiales de construcción en todas las viviendas (estructura de madera, revestimientos de hierro galvanizado y/o entablados horizontales; cubiertas zincadas y tejuelas de alerce).

La variedad:

— Hay variedad en la disposición de los volúmenes: unos paralelos y otros perpendiculares al eje de la calle.

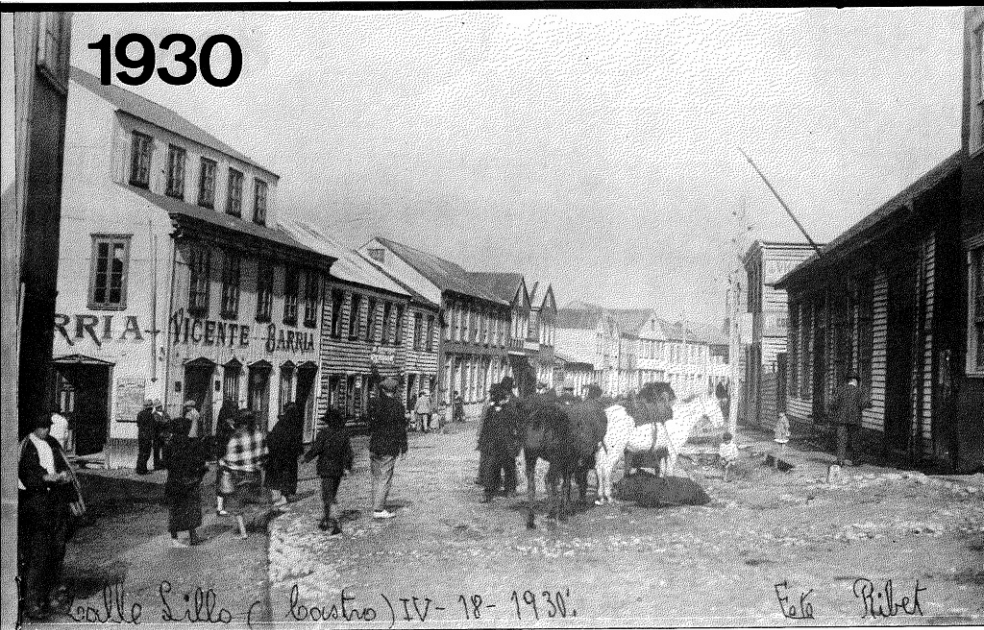
— Hay variedad en el nivel de terminaciones: podemos apreciar minifrontones de origen neoclásico en puertas y ventanas; ventanas de abatir y de guillotina; con y sin barrotes; balcones; soberados habitables; diversas cornizas, etc.

LILLO



Calle Lillo después del incendio de 1936.

1930



Calle Lillo (barrío) IV-18-1930.

Foto Ribet

EL INCENDIO DE 1936

El incendio del 5 de marzo de 1936 redujo a cenizas a toda esta vetusta arteria. El siniestro, que consumió dos tercios de la ciudad, fue el peor desastre de su historia. Comenzó a las 02:30 de la mañana en calle Latorre, en casa de Don Carlos Lagresse. Los gritos de su esposa despertaron al vecindario y el padre Clemente alertó a la ciudad con toque de campanas de la Iglesia de San Francisco.

El fuego —vigoroso por el viento norte— se extendió rápidamente por el borde de San Martín frente a la plaza, respetando sólo la casa de Don Santiago Gallardo. Saltó luego a calle Serrano y avanzó inexorable a calle Blanco. Nada pudo hacer el noble Cuerpo de Bomberos, sin material adecuado, sin bombas y isin igual.

Pronto calle Blanco ardía por ambos costados, impidiendo el paso de peatones por la arteria. El fuego —furioso— avanzó hacia el puerto y lanzando chispas y tizones a gran distancia, se avlanzó sobre calle Lillo que ardió sin control.

Los bomberos de la 2da. Compañía, al quedar sin agua, arrastraron la pesada bomba hasta la playa para buscar agua de mar. Las pesadas ruedas de fierro se atascaron en el limo, no se pudo alcanzar a succionar el agua y pronto, al subir la marea, el noble arma-toste quedó sumergido, mientras el pueblo —impotente— veía arder estrepitosamente las viejas casonas de calle Lillo.

Las últimas llamaradas terminaron de extinguirse a las 14:00 horas de ese fatigoso día. Habían ar-dido 270 casas: lo más activo, importante y representativo de una arquitectura en madera que Castro traía desde fines del siglo XIX.